



Liceo Leonardo Murialdo

FUNDACIÓN EDUCACIONAL SAN LEONARDO MURIALDO



15 de agosto de 1947

Monseñor Carlos Casanueva, rodeado de los primeros Josefinos llegados ese año para hacerse cargo del Patronato de Santa Filomena. Junto a ellos decenas de socios de las distintas agrupaciones de dicha obra.

Jugar, Aprender y Rezar
125 años

Patronato Santa Filomena



EL LICEO LEONARDO MURIALDO: DONDE SE PLASMAN DOS SUEÑOS

MARCO SOTO*

Sub-Director Liceo Leonardo Murialdo

Artículo publicado en la edición trimestral de la Revista Católica,
en su edición de Julio/Septiembre 2014

El Liceo Leonardo Murialdo, ubicado en la confluencia de los barrios Bellavista y Patronato en la zona norte de Santiago, es el fruto de una serie de hechos donde los sueños de juventud de dos santos educadores se fueron cristalizando. Hablar del hoy sin mencionar nuestros orígenes, nos impediría ver cuánto del espíritu original se mantiene y el porqué de los cambios que se han producido.

El Patronato Santa Filomena

Su historia se remonta a los tiempos en que la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII encontró en el Arzobispo Mariano Casanova a un entusiasta difusor, pese a que muchos católicos, no solo en Chile, ignoraron la convocatoria papal. Frenar el avance del socialismo anarquista y marxista, pareció la labor más urgente, plasmando la caridad en obras concretas en favor de los más desposeídos, especialmente en las condiciones de vida de los obreros, en pos de mayor justicia social. Los católicos de las clases más favorecidas sentían que, por preparación y recursos, eran quienes tenían que emprender dicha tarea. Muchos laicos, inspirados en la Doctrina Social de la Iglesia, se dan a la labor en los barrios más desposeídos, al alero de la Sociedad de san Vicente de Paúl. De este modo, surge el 21 de junio de 1890 el Patronato Santa Filomena¹, el primero en Chile que, como prioridad, enfrentó el tema de las viviendas sociales.

A poco andar, otras actividades hicieron de este primer Patronato una obra donde, no solo se preocupaban de la entretención de los niños y jóvenes en sus canchas y teatro, o de su formación espiritual en sus diversos grupos, cuyo culmen estaba en la hermosa Capilla, sino también en la Escuela N°42 Santa Filomena. Este será el lugar en que los destinatarios de esta iniciativa puedan jugar, aprender y rezar, tríada que luego veremos presente en la labor de los religiosos josefinos.

Entre sus iniciadores está Don Carlos Casanueva Opazo, quien como joven exalumno del colegio San Ignacio inicia aquí un apostolado, que define como *obra urgente de caridad*, la que con el tiempo, lo ubicará como uno de los más

importantes educadores chilenos. Su formación como abogado, sus estudios eclesiásticos, sus altas responsabilidades como Director Espiritual del Seminario, así como la larga y fecunda acción rectoral en la Universidad Católica, no lo alejaron nunca de su querido Patronato. En este lugar, primero con la Escuela, después con la de Artes y Oficios, y finalmente con la implementación del Instituto Politécnico de la Universidad, vio en la educación un arma poderosa para combatir la desigualdad social, dando a las clases menos favorecidas la ocasión de un futuro mejor. Del mismo modo actuó en la paupérrima Universidad que le confiaron y que, gracias a su gestión de 33 años, la llevó al sitio del cual hoy goza gracias a la creación de varias facultades, tales como las de Medicina y su Hospital Clínico, de Teología, Filosofía y Letras, Arquitectura, Bellas Artes, entre tantas iniciativas, que impidieron la determinación del Arzobispo de cerrar la Universidad.

Ya enfermo y anciano, Don Carlos consigue, tras largas súplicas a su amada Virgen del Tránsito, la llegada a Chile en febrero de 1947 de los primeros cinco religiosos josefinos de Murialdo. Llama la atención que, conociendo tantas congregaciones religiosas y teniendo alrededor del mismo Patronato a no pocas de ellas dedicadas a la educación, haya ido personalmente a Buenos Aires, y allí, al observar la acción pastoral de los josefinos en pleno basural de Villa Soldati, decidiera que era a ellos a quienes legaría su obra. Aprovechando el viaje a Roma, en que acompaña a Monseñor José María Caro a su investidura como Cardenal en 1946, logra firmar un convenio con el entonces Padre General Luis Casaril, de cuyo resultado le informa a su hermano en estos términos: *"Al firmar sentí el dolor humano del desgarramiento, pero el gozo de la gloria de Dios, del bien de los pobres y del desarrollo y estabilidad futura del Patronato"*. No caben dudas que la figura de Don Carlos marcó para siempre la historia de este lugar. Su ejemplo ha hecho que la misma Universidad que él dirigió haya iniciado su causa de beatificación, siendo el único rector sepultado en ella, bajo el altar de la Capilla de la Casa Central. Monseñor Bernardino Piñera, quien vivió con él en el austero convento de las Agustinas en el centro de Santiago, da testimonio de su santidad. Él nos dice: *"Un santo vivió en Santiago durante 80 años. Fue humilde y poderoso. Fue un místico con sus pies muy firmes en las calles pavimentadas de la capital en las que gastó las suelas de los zapatos en mil correrías apostólicas. Fue muy inteligente y al mismo tiempo muy simpático, lleno de buen sentido y de buen humor. ¡Que Chile conserve siempre su recuerdo!"*².

Venidos de Italia, aún con los ecos y el dolor de la traumática Segunda Guerra, los josefinos emprenden la misión de consolidar el alicaído Patronato que, por edad y los tan altos encargos asumidos, Don Carlos les había confiado. Él mismo,

de manera muy franca y con el peso de sus 73 años, señaló el día en que los recibió en el Patronato: *"Hace algunos años siento que las fuerzas me abandonan. Los achaques de la vejez y las preocupaciones, que en vez de disminuir han aumentado, no me permiten dedicarme a esta casa tan querida, como habría deseado y como ella lo requería"*. Es en este inmenso lugar de casi tres hectáreas, donde confluyen los sueños juveniles de Casanueva en bien de los jóvenes pobres, con los principios inspiradores de estos religiosos educadores que, guiados por San Leonardo Murialdo, han tratado de ser fieles a su carisma original encontrando en esos jóvenes a sus predilectos, mostrándoles el rostro paterno de Dios, quien les ama con un amor personal, tierno y misericordioso. La Congregación, fundada por Murialdo el 19 de marzo de 1873, tiene como fin *"educar en la piedad y con la instrucción cultural y técnica a los muchachos pobres, huérfanos, abandonados o necesitados de enmienda"*³. Dicha congregación nace al interior del Internado de Los Artesanitos, donde, a través de diversos talleres, se propende alejar a los jóvenes de las condiciones abusivas a las que eran sometidos. Es la Pedagogía del Amor, la cual busca educar su corazón con un estilo preventivo, en donde el jugar, aprender y rezar, ensayada en los Oratorios y luego en el Colegio de los Artesanitos, es puesta en práctica de manera eficaz. Absoluta resulta la concordancia entre este ideal y el promovido por Don Carlos.

El Liceo Leonardo Murialdo

Han pasado casi 70 años de la llegada de los primeros josefinos y más de 120 del inicio de la primera escuela en este privilegiado lugar, la amplia quinta que los fundadores del Patronato debieron comprar en 1893, al ser insuficiente la pequeña sede inicial situada frente a la Parroquia de Santa Filomena distante a dos cuadras. A poco andar, la pequeña escuela es potenciada al ser integrada al naciente Liceo que tomará el nombre del fundador de los josefinos, colegio que en 1953 es declarado cooperador del Estado. De este modo, el espíritu inicial se ha mantenido, sorteando incluso la decisión de varias congregaciones que, concluido el Concilio Vaticano II, creyeron que un apostolado más eficaz se hacía dejando las escuelas para ir a los barrios más desposeídos, confiando a los obispos sus colegios.

Resuelto el primer problema al dejar en los josefinos la gestión, esta obra deberá sortear otros tantos escollos. El segundo surgió en los años 70, durante el gobierno socialista de Salvador Allende, donde la necesaria subvención estatal llegaba con tardanza de meses haciendo inviable económicamente la obra, menos aún emprender la renovación del vetusto edificio. Desprendimiento de bienes, incluso básicos, de los mismos sacerdotes y el decidido y leal apoyo de

los apoderados, que consiguen la personería jurídica para el Centro de Padres, permitieron sortear dicha precaria situación. Jamás se pensó en abandonar la escuela. A lo más, en algún momento se creyó necesario vender estas instalaciones y trasladarse a la periferia, lo que podría haberse entendido como más propicio. Dicha idea, compartida por muchos, con el tiempo tampoco se realizó.

Incluso el llamado que los obispos en Puebla nos hicieron, de una opción preferencial por los pobres y los jóvenes, no hizo sino confirmarnos en lo acertado del suelo inicial. Esa opción estuvo en el comienzo, ha permanecido en estos años y confiamos que, pese a los avatares de los cambios que se avecinan, nos mantenga en ella. Inspiradoras resultan las palabras que la Sagrada Congregación para la Educación Católica nos ofreció en los albores del presente milenio: *"En muchas partes del mundo, todavía hoy, es la pobreza material la que impide que muchos niños y jóvenes sean instruidos y reciban una adecuada formación humana y cristiana. En otras, son nuevas pobreza las que interpelan a la escuela católica, que, como en tiempos pasados, puede encontrarse con incomprendimientos y recelos o carente de medios".* (...) a ellos *"los podemos encontrar hoy en los que han perdido el sentido auténtico de la vida y carecen de todo impulso por un ideal, a los que no se les proponen valores, que desconocen totalmente la belleza de la fe, tienen a sus espaldas familias rotas e incapaces de amar, viven a menudo situaciones de penuria material y espiritual, son esclavos de los nuevos ídolos de una sociedad que a veces les presenta un futuro de desocupación y marginación. A estos nuevos pobres dirige con espíritu de amor su atención la escuela católica"*⁴.

Hoy son varios los aspectos que permiten ver un colegio que, sorteando muchas dificultades, puede mostrar una línea inspiradora tan nítida; desde el sueño inicial de dar a los niños de La Chimba una educación católica de calidad, al presente, en que los *nuevos pobres* concurren en número siempre creciente buscando una formación inspirada en el Evangelio y que, en la zona norte de Santiago, nos ha tenido como pioneros y líderes.

En tiempos en los que en tantos espacios se habla de inclusión, de no segregación y donde las expresiones lucro y selección golpean incluso a entidades ligadas a la Iglesia, encontramos que estos desafíos no hacen sino reafirmarnos en aquellos anhelos iniciales de los fundadores del Patronato y que hoy son parte integrante de nuestro Proyecto Educativo. Allí se lee: *"Somos un colegio en Pastoral, con una opción consecuente y prioritaria por los más necesitados de nuestra institución. Nos inspira el legado de san Leonardo Murialdo, quien nos invita a formar hombres y mujeres capaces de orientar su existencia, hacia*

el más alto rendimiento intelectual posible, de acuerdo a sus capacidades, a ser solidarios y laboriosos, con conciencia social y con una mirada crítica de la realidad. Deben ser positivos agentes de cambio, comprometidos con los tiempos que les toca vivir y con un profundo amor por la vida".⁵

Ya son miles los alumnos egresados y podemos decir con sano orgullo que nos sentimos fieles al llamado que en siglo antepasado León XIII hiciera a la Iglesia, y que encontró casi contemporáneamente en Italia y en Chile a dos santos sacerdotes que, sin conocerse, tuvieron tantos puntos en común: En común su origen aristocrático y su educación en un colegio católico; en común el haberse hecho cargo por más de tres décadas de instituciones que estaban a punto de quebrar; ambos con una sólida formación religiosa; los dos usando los medios de la buena prensa para difundir y defender la doctrina social inspirada en León XIII, pero por sobre todo, con la común convicción, de sentar las bases de instituciones educativas que hoy son ejemplos de promoción popular.

Los sueños juveniles de ambos sacerdotes son los que hoy como legado nos inspiran a fin de continuar entregando a los niños y jóvenes una educación centrada en el Evangelio, con sólida formación intelectual, para que sean alumnos históricamente ubicados y cristianamente inspirados.

En la actualidad, las autoridades ministeriales han convencido a muchos que la excelencia académica es la resultante de altos puntajes en diversas mediciones durante y al final de los estudios, lo mismo que el número de egresados que llegan a la Universidad. Dicha insistencia ha generado un pernicioso afán por mostrar, desde ellos y desde las mismas instituciones educativas, esos resultados como garantía de un colegio exitoso.

Nosotros, con convencida porfía, insistimos que la excelencia académica, debiéramos entenderla basándonos en la Parábola de los Talentos (Mt. 25,14-30), donde a cada estudiante, sus maestros debieran lograr sacar lo máximo de sus capacidades. Conseguir logros dejando a muchos en el camino mediante odiosos mecanismos de selección no es difícil. Conseguir esos logros, pero tratando que todos, de acuerdo a sus talentos, de manera inclusiva y no excluyente los consigan, es algo que un colegio de Iglesia debiera tener como norte para ser de verdad exitoso.

Así como muchos pueden mostrar logros académicos, que también nosotros tenemos, consideramos nuestro orgullo, como institución de Iglesia, el compromiso asumido por muchos jóvenes que antes de egresar desean confirmar

su fe y en los ya varios exalumnos que se han consagrado al sacerdocio, así como tantos laicos comprometidos sirviendo al país. Son estos hechos el mejor signo de una comunidad fecunda, en la que sus alumnos, guiados por comprometidos y competentes educadores, pueden *jugar* en sus amplios patios y canchas, *aprender* en sus cómodas salas de clases y *rezar* en su espléndida capilla.

Han cambiado los nombres: ayer Patronato Santa Filomena, hoy Liceo Leonardo Murialdo; de la escuelita de adobes a los hermosos pabellones diseñados por connotados exalumnos arquitectos; cambiaron los rostros y la fisonomía de este barrio, mas lo que no ha cambiado es la misma línea inspiradora que buscó y sigue buscando dar una educación integral y de calidad a los más pobres. Por ello, el tener tan nítida continuidad, nos permite afirmar que somos la misma institución, la que está en las vísperas de celebrar el año venidero 125 años de fecunda labor educativa.

Notas:

* El autor es Profesor de Religión y Moral, Licenciado en Ciencias Religiosas por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Por 24 años se desempeñó como académico y Director del Departamento de Religión en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE). Exalumno y actual subdirector del Liceo Leonardo Murialdo.

1. Hevia, P., El rector de los milagros. (Ediciones Universidad Católica, 2004)
2. Mons. Bernardino Piñera. "Un rector inolvidable: Monseñor Carlos Casanueva", en Revista Universitaria N°25. (Santiago, 1988)
3. Dotta, G. e Fossati, G., "Antología delle fonti carismatiche", (Libreria Editrice Murialdo; Roma, 2012).
4. Congregación para la Educación Católica. "La escuela católica en el umbral del tercer milenio", (Roma, 1999).
5. Proyecto Educativo Institucional, (Edición interna, Santiago, 2002)

“Orar, aprender, jugar: esto es el oratorio”

Esta “formula” es la síntesis de lo que Murialdo pensaba sobre el oratorio. La formación religiosa (orar) y el aspecto recreativo (jugar), presentes en los oratorios turinenses de Don Cocchi y Don Bosco, pero obviamente también en todos los demás que surgían o habían surgido en los últimos tiempos en Francia e Italia, estaban bien expresados en la frase “jouer et prier” que resumía la práctica educativa de otro sacerdote y educador de Marsella, Jean-Joseph Allemand (1772 – 1836), primer iniciador en Francia de las obras para la juventud. (...)

Murialdo, además, había conocido los patronages para jóvenes aprendices, sostenidos por una congregación religiosa fundada en 1845: Frères de Saint-Vincent-de-Paul, y por los laicos de las Conferencias de San Vicente. A la oración y al juego de los oratorios tradicionales, los patronages añadían el acompañamiento de los jóvenes en sus primeros pasos de inserción laboral, llamado “patronato”.

Giovenale Dotta

LA REVISTA CATÓLICA

Fundada el 1 de abril de 1843

Publicación Trimestral

Editada por el Seminario Pontificio Mayor

Arzobispado de Santiago